

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

100

LETRAS LIBRES
JULIO 2011

POLÍTICA

EL PERÚ TRAS LA ELECCIÓN IMPOSIBLE

*You must pick up one or the other
Though neither of them are to be what
they claim*
Bob Dylan

ALBERTO VERGARA

“D e mí puede haber dudas —afirmó el candidato presidencial Ollanta Humala dirigiéndose a los peruanos en el último y crucial debate presidencial frente su adversaria Keiko Fujimori— pero en el otro lado hay pruebas.” La frase traduce bien el ambiente de la segunda vuelta en el Perú: ambos candidatos eran conscientes de que luchaban por un electorado que los percibía como si un desalmado dios griego empujase a los peruanos a pasar entre Escila y Caribdis, como una encrucijada entre dos males. A la postre, el electorado sin candidato en la segunda vuelta ha decidido por estrecho margen que Fujimori era peor que Humala. Tras conocerse el resultado un amigo sentenció con contradictoria lucidez: “Estoy muy contento porque perdió Keiko Fujimori, pero muy triste porque ganó Ollanta Humala.”

Pero vayamos por partes. La segunda vuelta no se entiende sin la primera y la primera no se comprende sin el gobierno saliente de Alan García. García fue elegido presidente en 2006 aunque no merecía una segunda oportunidad (todavía no hay quien determine si la crisis más aguda de la historia peruana fue al finalizar su primer gobierno en 1990 o tras la desgraciada guerra que el Perú perdió ante Chile en el siglo XIX). Su mandato exigía que aliviase dos problemas centrales de la vida política peruana. Del lado institucional, debía legitimar la democracia representativa; del lado económico, lograr que el fantástico crecimiento económico peruano de los últimos años generase beneficios más homogéneos, atemperando un desigual desarrollo donde la costa avanza exponencialmente y el interior del país apenas si se beneficia del crecimiento. El respaldo masivo que recibió Humala en la elección del 2006 —estadista en lo económico y autoritario en lo político— por parte del Perú postergado fue el grito de alarma. Sin embargo, García estableció un gobierno extremadamente conservador, mimado por los grandes empresarios, aliado hasta la complicidad con las Fuerzas Armadas, bendecido por los secto-

res más ultramontanos de la Iglesia católica, rodeado de escándalos de corrupción y dueño de una soberbia intolerante que le convirtió en ese tipo de político que, dice Javier Cercas, por creer que lo sabe todo nunca entenderá nada. La antipatía generalizada hacia su gobierno alentó que la legitimidad del sistema democrático y de la economía de mercado continuase deteriorándose. Así llegó el Perú a la elección del 2011.

El 10 de abril se realizó la primera vuelta. Cinco candidatos tenían posibilidades de alcanzar el *ballottage*. Ninguno contaba con un partido político: los partidos políticos en el Perú perecieron como dinosaurios de otra era geológica, ¡ni siquiera el APRA pudo presentar candidato presidencial alguno! En este ambiente dominado por figuras individuales dos candidatos despertaban mayores rechazos en la población: Keiko Fujimori y Ollanta Humala. Aquella es la hija del expresidente Alberto Fujimori, condenado ejemplarmente a veinticinco años de cárcel por corrupción y crímenes contra los derechos humanos durante su gobierno de los años noventa. Más allá del parentesco, las resistencias provenían de la exaltada reivindicación del gobierno del padre y por estar rodeada de los mismos individuos que gobernaron el Perú durante aquel régimen autoritario y corrupto. Humala, por su parte, convocaba temores variados. En lo político, le perseguía una rebelión chapucera que comandó su hermano Antauro (y que Ollanta apoyó) contra el gobierno democrático de Alejandro Toledo en 2005 y que terminó con cuatro muertos. En lo económico, aunque ya no era aupado por Hugo Chávez como en 2006 y aseguraba, más bien, preferir a Lula da Silva, su insistencia en una economía “nacional” de mercado y en alterar el marco constitucional despertaba rechazo en un país donde la economía abierta ha dado lugar a un creci-

miento espectacular (aunque desigual) en la última década.

Entre estos dos resistidos aspirantes (el populismo de derecha y el de izquierda) se encontraban tres candidatos —ya bautizados como los tres chiflados—, quienes se disputaban lo que, con algo de libertinaje teórico, podemos llamar el voto “moderado”. El expresidente Alejandro Toledo, su ex primer ministro Pedro Pablo Kuczynski y el exalcalde de Lima Luis Castañeda soñaban con alcanzar la segunda vuelta e imponerse ahí ante Fujimori o Humala pues cualquiera de ellos tres cosecharía a su favor las antipatías masivas de aquel par. Pero, como ya se sabe, si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes. De pronto, con el paso de las semanas, Fujimori y Humala habían crecido más de lo previsto y la división del voto entre los tres chiflados era un regalo del cielo para ambos. En realidad, el regalo fue sobre todo para Keiko Fujimori quien terminó alcanzando la segunda vuelta con el 23%, mientras Humala llegó ahí con el 31%.

Más allá de la pasajera campaña, el voto confirmó varias dolencias del sistema peruano. En primer lugar, los dos candidatos que disputarían la segunda vuelta eran aquellos señalados por ser quienes sienten menor aprecio por las instituciones democráticas. En segundo lugar, vencía ampliamente el candidato que representaba con mayor énfasis la crítica al envanecido modelo económico peruano. Vale decir, el éxito electoral de los dos candidatos era la otra cara del fracaso del gobierno de García. Además, ambos candidatos recogían la mayor parte de sus votos entre los pobres del país y se confirmaba y asentaba la escisión entre el Perú próspero y el ignorado. De las 49 provincias más pobres, Humala ganó en 40. Para predecir la votación peruana en la primera vuelta habría bastado con tener un mapa de la pobreza en el Perú. Sin partidos políticos los individuos han ido votando cada vez

más con ánimo de clan, casi tribal, los ricos con los ricos y los pobres con los pobres; y los pobres —debió enterarse de sopetón la frívola élite peruana— eran un montón. Tantos que pusieron a sus dos candidatos favoritos en la segunda vuelta. El sortilegio democrático.

Un año antes de la elección Mario Vargas Llosa había calificado una eventual segunda vuelta entre Humala y Fujimori como “elegir entre el cáncer y el sida”. Una vez oficializada la mortuoria disyuntiva, y con el 46% de la población sin haber votado por ninguno de los dos candidatos en la primera vuelta, la campaña se centró en los pasivos de cada candidato. Corrupción y autoritarismo del lado de Fujimori; en el de Humala, cargos por violaciones a los derechos humanos cometidos cuando era militar en actividad y, sobre todo, inquisiciones infinitas a su plan económico. Los grandes medios de comunicación nacional así como el gran empresariado cerraron filas con Fujimori; los intelectuales de todo tipo (encabezados por Vargas Llosa) y la sociedad civil organizada se alinearon con la candidatura de Humala. Para unos la elección de Humala conduciría al país al abismo, los de enfrente replicaban que la elección de Fujimori sería la vejación última a la dignidad de la patria. La competencia dejó pronto de ser un asunto político para ser uno moral. Los candidatos, por su parte, se retractaban de todo lo prometido buscando seducir los escépticos votos disponibles: Keiko Fujimori pidió, por primera vez, disculpas por los crímenes del gobierno de su padre y juró por Dios que, de llegar al poder, no lo liberaría de la prisión a través del derecho de gracia presidencial; Ollanta Humala aseguraba no querer cambiar la constitución ni reformar la economía de mercado, prometiendo, en resumen, lanzar a la basura su plan de gobierno original. Ante tales metamorfosis programáticas solo quedaba recor-



➤Humala: triunfo agridulce.

dar a Groucho Marx: “Estos son mis principios. Si no les gustan, tengo otros.”

Finalmente, a Keiko Fujimori le costó más desprenderse de la filiación con el gobierno criminal de su padre. Una serie de grotescas declaraciones por parte de sus voceros durante el último tramo de la campaña reveló que el fujimorismo era el de siempre. Humala, sin despertar pasiones y gracias a la sabia conducción de un equipo de estrategias brasileños enviados por el Partido de los Trabajadores, logró desprenderse en mayor grado de su imagen de militar golpista. Entre la primera y la segunda vuelta Humala sumó un 20% adicional del electorado para ganar la elección. Es una población que no ha votado por él para que cambie el modelo económico sino para que mantenga el sistema democrático que peligraba más si volvía el fujimorismo mafioso al poder. En realidad, ambos candidatos generaban tantas resistencias que es posible que solo pudieran hacerse de la presidencia disputándola entre ellos dos. Los votos que ambos consiguieron en la segunda vuelta se definen bastante bien como antihumalistas y antifujimoristas. El resultado final fue 51.5% para Humala y 48.5% para Fujimori.

Ahora viene lo más difícil para Humala. Deberá satisfacer a su elec-

torado original (31%) que espera un cambio real en el manejo de la economía y del Estado sin traicionar al 20% adicional conseguido para la segunda vuelta a quien prometió, justamente, no alterar sustancialmente estas mismas cuestiones; finalmente, deberá apaciguar a una oposición empresarial y mediática que le hará la vida imposible desde el primer día. ¿Conseguirá Humala la cuadratura del círculo al serenar las quejas encolerizadas de los de abajo sin sacar las garras caudillistas que espantan a su recientemente adquirido voto moderado? Nadie puede saberlo. Por el momento basta decir que el Perú se ha salvado de lo peor... ojalá se salve también de lo malo. —

ACADEMIA

BREÑA EN SU BARRICADA

ENRIQUE KRAUZE

Dice el profesor Breña que no carezco de imaginación. Él, menos aún. Se necesita imaginación para convertir un intercambio de críticas o una simple polémica en una “guerra entre dos mundos”, una “constante e irremediable lucha”, un combate entre “dos mundos antagónicos”, un encuentro entre posiciones “antípodas”. (Esta especie de videojuego como réplica a mi texto “Endogamia”, *Letras Libres* 150, de junio de 2011, apareció en el blog de la revista *Nexos*, muy apropiadamente, después de ser rechazado por dos revistas académicas de gran prestigio, *Istor* e *Historia mexicana*.)

El delirio es de Breña, no mío. La dualidad entre el mundo académico y el mundo de afuera se desprende de sus textos, no de los míos. Vamos al origen. Yo publiqué, primero en *Letras Libres* y más tarde en mi libro *De héroes y mitos*, un ensayo sobre un libro conmemorativo de la UNAM, escrito por 55 autores pertenecientes casi todos a diversas instituciones académicas. En ese texto elogí a varios autores (a algunos de manera entusiasta) y critiqué individual-

mente a cuatro de ellos. ¿Dónde está mi posición irreductible contra la Academia. Señalar los vicios que aquejan a algunos historiadores teorizantes (el escolasticismo, la prosa críptica, pedante y autorreferencial) es solo eso, una crítica, no una negación integral y mucho menos una declaración o un acto de “guerra”. Como respuesta a su crítica a mi libro, señalé que el profesor adolece de una distorsión óptica: pensar que la Academia, o sea su mundo, es el mundo. Agrego ahora que su réplica denota la misma miopía, al grado de desdeñar la crítica a la historia oficial de bronce porque “... ¡esa historia no será superada jamás!”. Con ese criterio, seguiríamos leyendo los libros de texto de 1960.

Lo que sí celebro muchísimo es el himno a la divulgación que contiene su artículo. ¿Qué quiere probar? ¿Que la Academia hace divulgación? Nunca negué que la hiciera. (Dije que había fallado en publicar obras que recordaran específicamente los aspectos oscuros de la Revolución: el dolor, el hambre, la guerra, la muerte.)

Pero me encanta que Breña enumere todo lo que hace la Academia para llegar al público. Cuando pase el tiempo y el profesor —como esperamos— diga adiós a las armas, reconocerá quizá el esfuerzo precursor de la Editorial Clío: en veinte años, gracias al trabajo de muchos historiadores, investigadores, guionistas, iconógrafos, realizadores, etcétera, ha publicado 150 libros históricos ilustrados de toda índole, y ha producido 350 documentales que semana a semana (por doce años) han llevado la historia mexicana a cientos de miles de hogares.

Ya en paz, Breña se sorprenderá también de saber que en programas muy recientes producidos por Clío (*Héroes de carne y hueso*) participó de manera prominente nada menos que Alfredo Ávila, uno de los historiadores cuyo texto (no cuya obra, no cuya persona, no cuya alma, no cuya esencia) critiqué en aquel ensayo.

Me gustaría dialogar con el profesor Breña sobre el papel de la teoría en la historia. Pero antes lo exhorto a salir de su barricada. —

MEDICINA

TREINTA AÑOS DEL SIDA

M^a TERESA GIMÉNEZ BARBAT

Se cumplen treinta años del descubrimiento del sida. Para muchos fue un verdadero “fin de la infancia”, jugando con el título de la novela de Arthur C. Clarke. De repente, el sexo ya no era ese festival de paz, amor e intercambio de fluidos sin consecuencias que habían regalado los métodos fiables de contracepción a la generación *beat*. El sida significó volver a hablar de cosas aburridas como “sexo responsable”. Incluso de resucitar maldiciones bíblicas de antiguos confesionarios. El 5 de junio de 1981 fue el anuncio oficial de que una nueva enfermedad estaba causando una avalancha de trágicas y penosas muertes. Su naturaleza desconocida provocó una oleada de pánico mundial.

Michael Gottlieb, un joven médico clínico, advirtió que, en tres hospitales de Los Ángeles, un total de cinco varones jóvenes, blancos y homosexuales habían presentado una rarísima infección solo característica de inmunodeprimidos terminales. A la vez, tanto en California como en Nueva York se detectó el crecimiento anormal de un sarcoma, el de Kaposi, que pasó a convertirse en símbolo de la enfermedad. El sida dejaba al organismo inerte ante enfermedades como la neumonía, su contagio resultaba fatal y no había vacuna ni remedio a la vista. En este estado de confusión dos investigadores en el Instituto Pasteur, Françoise Barré-Sinoussi y Luc Montagnier, el 3 de enero de 1983, a partir de la biopsia de un ganglio de un paciente, se dieron cuenta de que se trataba de un virus nuevo que se transmitía por vía sexual y sanguínea, y que era urgente detenerlo. Pero no fueron comprendidos por el resto de la comunidad



+El virus que cambió el mundo.

científica, al menos durante un año, hasta que Robert Gallo confirmó los resultados en los Estados Unidos.

Una de las sorpresas fue saber que su origen podría estar en África y no ser únicamente humano. Utilizando relojes moleculares han acabado estableciéndose los distintos linajes de la infección desde los simios al hombre. Parece que el virus se transmitió a los humanos múltiples veces desde al menos dos tipos de primates distintos. ¿Cómo fue esto posible? Los cambios sociales, económicos y políticos de los últimos cien años han resultado en un movimiento global y un contacto sin precedentes entre las poblaciones humanas. Bajo estas condiciones, la transmisión de un virus animal a un anfitrión humano y de ahí a grandes poblaciones es relativamente sencilla.

Hasta que en los setenta se convirtiera en prevalente en individuos infectados en Estados Unidos y Europa, el virus ya había estado en grupos humanos por lo menos desde 1930. La velocidad de su propagación fue muy lenta al principio, pero debió de estallar alrededor de los años cincuenta y sesenta, coincidiendo con el fin de la colonización en África, varias guerras civiles, la introducción de los programas de vacunación (con la desgraciada circunstancia de la reutilización de agujas), la revolución sexual y el incremento de los viajes tanto a África como desde África. “El sida cambió el mundo; un nuevo vínculo social se creó entre países del norte y del sur,

lo que ninguna enfermedad había provocado”, destacó Michel Sidibé, director de Onusida.

Su modo de transmisión, en particular la vía sexual, rodeó la enfermedad de prejuicio. El hecho de que se cebara en la comunidad homosexual hizo que los grupos religiosos más reaccionarios lo atribuyesen a una especie de maldición por la abominación del pecado. Por otro lado, el sida es una enfermedad que hizo su aparición y se extendió en los momentos de auge de las filosofías relativistas y anticientíficas heredadas de la posmodernidad. Y para empeorarlo más, coincidió también con los años cumbre del tercermundismo e indigenismos antioccidentales.

Uno de los primeros en hablar del tema fue Jean-François Revel en su libro *El conocimiento inútil*. En él cuenta que en octubre de 1985, un diario de Nueva Delhi, *The Patriot* (órgano pro soviético conocido como tal en la India pero no fuera), publicaba un artículo para “revelar” que el virus del sida era producto de experimentos en ingeniería genética hechos por el ejército estadounidense con vistas a la guerra biológica. Este bulo fue creciendo hasta el punto de que en septiembre de 1986, durante la cumbre de los países no alineados celebrada en Zimbabue, se distribuyó a los delegados un grueso informe con todas las apariencias de seriedad científica asegurando que el virus del sida procedía del laboratorio de Fort Detrick, en Maryland. Aunque más adelante se dieron las

oportunas rectificaciones, el daño ya estaba hecho: en el Tercer Mundo (y en otros muchos lugares) es hoy muy difícil encontrar a alguien que no esté persuadido de que el Pentágono y la CIA desencadenaron la epidemia.

La premio Nobel de la Paz del 2004, por ejemplo, la inefable Wangari Maathai, acusó a Occidente de crearlo para exterminar la raza negra, provocando la estupefacción y la polémica en Suecia. En una entrevista aseguró que el sida “es una herramienta de control creada por investigadores para erradicar algunas razas”. La paradoja es que Maathai es doctora en biología y la primera mujer africana que obtuvo un doctorado. También el presidente sudafricano Thabo Mbeki llegó a opinar que los negros que aceptan la ciencia ortodoxa del sida son “reprimidos” y víctimas de una mentalidad esclava.

Esta nueva enfermedad se detectó gracias a la eficacia de los sistemas sanitarios modernos y al uso de métodos científicos como la estadística. Su aplicación rutinaria permitió que, en junio de 1981, el sistema de control de enfermedades de Estados Unidos —el Center of Disease Control de Atlanta— detectase una inusual incidencia de neumonía por *Pneumocystis carinii*. A partir de aquí se puso en marcha un proceso que, a pesar de treinta años de enfermedad y millones de muertos, ha sido un gran triunfo de la ciencia. En 1996, con las triterapias, la enfermedad mortal pasó a ser una enfermedad crónica. Y el 12 de mayo de este año, el HIV Prevention Trials Network (HPTN) anunció que un estudio realizado sobre 1,763 parejas (la mayoría heterosexuales, algunas gays), tanto de África, Asia y el norte y el sur de América, en las que un miembro estaba infectado, demostró que las drogas modernas no solo prolongaban la vida de los enfermos, sino que podían detener la transmisión del virus.

Aunque muchos científicos descartan esta posibilidad por demasiado optimista, existen determinados grupos que piensan que el sida se podría curar. Una de las razones es

que una de cada mil personas afectadas controla la infección de manera natural sin desarrollar nunca los síntomas. Como existen estudios que han identificado los anticuerpos que neutralizan el sida, también podría crearse una vacuna en un futuro cercano. Tiempo al tiempo. —

TOLERANCIA CERO

MÉXICO Y EL CASO DSK

✎ XAVIER GINEBRA SERRABOU

La reciente detención del director gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), Dominique Strauss-Kahn (DSK) por una denuncia por agresión sexual e intento de violación a una mucama del hotel en que se hospedaba debe llevarnos a un examen de conciencia sobre los fundamentos de nuestro deplorable sistema de administración de justicia, y sobre si debe haber un régimen de excepción para “los grandes estadistas” en aras de la eficacia.

Para algunos, por tratarse de un líder deben perdonársele sus “pecados” y “debilidades”, aunque haya vulnerado la integridad física de una persona indefensa. Lo importante son los resultados, la razón de Estado, el maquiavelismo. Estaríamos ante la moral del superhombre, de tipo nietzscheano, cuyo comportamiento justifica cualquier acción.

No se trata aquí de visiones entre el mundo anglosajón y el francés, en virtud de lo cual se trataría solo de un choque entre las leyes y la ética estadounidense y la francesa. En el mundo anglosajón, nos dicen, se valora a los funcionarios públicos bajo la óptica de la convicción, según la cual no es solo conveniente, sino también necesario, diseccionar la trayectoria de los políticos desde la cuna, de acuerdo con principios morales o religiosos, como si la vida pública fuera fiel reflejo de la privada. Por el contrario, en Francia, los videos de DSK con esposas provocaron un escán-



+Strauss-Kahn frente a la ley.

dalo mayúsculo: fueron calificados como un espectáculo denigrante y una humillación innecesaria.

Una de las grandes conquistas del Estado liberal —no siempre reflejada en la práctica— ha sido la sujeción de la autoridad a la ley. Ante ella no debe haber excepciones de ningún tipo. Esto es más importante, si cabe, en México. La Constitución mexicana establece la igualdad de todos ante la ley (artículos 1° y 4°) y la prohibición de fueros o títulos nobiliarios en su artículo 13. De manera enfática, este artículo establece: “Nadie puede ser juzgado por leyes privativas o tribunales especiales. Ninguna persona o corporación podrá tener fuero...” Es más, la propia Constitución prohíbe también los monopolios, y exige perseguir con eficacia todo lo que constituya una ventaja exclusiva indebida a favor de una o varias personas determinadas y con perjuicio del público en general o de alguna clase social (artículo 28, segundo párrafo). Aunque en su ley reglamentaria, la Ley Federal de Competencia Económica (LFCE) repite la prohibición, no establece ninguna sanción al respecto para hacerla valer.

A pesar de las prohibiciones constitucionales citadas, padecemos un régimen de casi total impunidad: autoridades corruptas; diputados que se enriquecen a costa de

las empresas televisoras; gobernantes coludidos con el narcotráfico; empresas que “muerden” para obtener privilegios; en México campea la corrupción, que es la antítesis del Estado de derecho.

A ello contribuye el régimen de responsabilidad de los funcionarios de alto nivel, que no pueden ser juzgados por causas penales mientras duren en el cargo por una protección especial de la Constitución, que exige un desafuero previo por parte del Congreso de la Unión, con una mayoría calificada (artículos 108 a 110 de nuestra Carta Magna).

En México la regla debería ser *tolerancia cero*. Habría que eliminar la protección especial a los políticos prevista en la Constitución. Los planteamientos en aras de la eficacia son muy peligrosos, y perpetúan el régimen de privilegios que caracteriza a nuestra nación. —

POLÉMICA

RESPUESTA A FRANCISCO SEGOVIA

✎ CHRISTOPHER
DOMÍNGUEZ MICHAEL

Con motivo de “Javier Sicilia y su causa”, aparecido en *Reforma* el pasado 15 de mayo de 2011, Francisco Segovia (*Proceso*, 5 de junio) ha trazado una

caricatura de mi posición que no puedo sino rechazar. Si alguien leyera lo suyo sin leer lo mío le parecerá, quizá, que soy un majadero desdeñoso que “bosteza” ante uno de los episodios más sobrecogedores, al menos, en la historia de nuestra generación (la de Sicilia, la de Francisco Segovia, la mía), el asesinato de Juan Francisco Sicilia Ortega, su hijo, y el movimiento que ha desencadenado. Para evitar cualquier equívoco, debo repetir algo de lo que dije y que Francisco Segovia escamotea.

Tras compartir con los lectores ciertos antecedentes en la formación intelectual de Sicilia, escribí que su condición de poeta “no lo hace un vidente ni tampoco lo convierte en un ingenuo”, de tal forma que no veo de dónde saca Francisco Segovia munición para acusarme de creer que Sicilia o su movimiento son ingenuos. No, no creo que lo sean y veo en la naturaleza política, cívica y apartidista del movimiento una buena cosa que se ha ido profundizado desde las primeras manifestaciones en Cuernavaca hasta la Caravana del Consuelo. La amplitud del movimiento permite que ciudadanos de ideas políticas a veces irreconciliables depositemos esperanzas diversas en él. Habrá quien quiera, con todo derecho, que el movimiento de Sicilia ocupe el vacío dejado por el zapatismo en la confrontación anti-sistema; hay quienes deseamos, como escribí el 15 de mayo, que este movimiento ocupe un lugar en el centro político y moral, convirtiéndose en fuente de consuelo y en un instrumento eficaz de la política de seguridad de los tres poderes de gobierno. Espero que los ingenuos no seamos otros y que no se desperdicie esta oportunidad para que México deje de ser esa “democracia bárbara” de la que hablaba José Revueltas.

La izquierda, vieja y nueva, que viene del nacionalismo revolucionario y del leninismo en todas sus variantes, debe estar viendo con preocupación y envidia lo que se

está gestando en torno a Sicilia. Los tres partidos hegemónicos, a su vez, quizá tendrán que enfrentar, en vísperas del año electoral, una oposición política de nuevo tipo nacida de la horrenda agravación de lo que Francisco Segovia llama la “injusticia jurídica” que es, lo dice él con precisión, “la injusticia en sentido lato”.

Subrayé, con admiración, la integridad con la que Sicilia ha transformado una tragedia personal en el corolario de una trayectoria como poeta, como cristiano heterodoxo, como pacifista. Dije que Sicilia podría “contribuir a organizar en una agrupación nacional, permanente y ecuménica” a las víctimas de la violencia y subrayé la importancia de “devolverle su nombre y su historia a cada uno de los muertos”. Yo estaba pensando en las poderosas asociaciones de víctimas del terrorismo que en España, por ejemplo, han surgido desde hace muchos años y lamento que Francisco Segovia las desprecie y quiera, además, endilgarme su desprecio. Es él, no yo, quien las desdeña como “instituciones de asistencia social”. Y tal parece que lo que el pacto acordado por Sicilia y su movimiento, en Ciudad Juárez, el 10 de junio, se propone ser es una permanente y ecuménica comunidad de víctimas de la violencia.

Hay, desde luego, una diferencia muy importante para quienes creemos que el enemigo a vencer no es el gobierno del presidente Calderón sino el narcoterrorismo. Ello me lleva a la pregunta que me hice de por qué la izquierda (generalicé entonces y generalizo ahora) es tan reacia a poner a los criminales en la primera línea de la responsabilidad. Me la hice, retóricamente, a mí, no la puse como argumento en boca de nadie, contra lo que dice otro de mis críticos, el periodista Hugo Vargas, que me dirigió una carta abierta que circuló en la red. Cuando me enteré de que el poeta y ensayista Francisco Segovia iba a comentar mi artícu-

lo creí que, dado su temperamento especulativo, le interesaría el tema. Me equivoqué: veo que siente perdidos algunos de sus años en la torre de marfil y anda apurado por graduarse de “animal político”, lo cual celebro. Me gusta menos la rutinaria ausencia de los sicarios en un comentario como el suyo: apenas los menciona una vez como “delincuentes crueles y sin conciencia” y saca a cuento al ejército británico por aquello de que Sicilia es gandhiano.

Haber hecho pública mi pregunta de por qué la izquierda suele ser reluctante a esa reflexión me ha granjeado acusaciones, como la de ser fascista, aunque “tenue”, según escribió Carlos López Beltrán en Facebook. Él mismo masticó luego su exabrupto y lo adelgazó etiquetándome con el mote de “hobbesiano”, destacando, eso sí, mi mala leche. Lamento que académicos como él, en apariencia preparados para discutir con cierta altura, recurran al adjetivo fácil y pendenciero tan tristemente característico de la opinión en la red. Me rehúso a aceptar el monopolio de la buena onda que se arrojan algunos de mis colegas escritores, concibiéndose a sí mismos como las célebres almas bellas retratadas una y otra vez por los filósofos. Solo ellos, según se lo figuran, pueden ser solidarios y generosos, solo a ellos les sale y les sabe la buena leche. El resto somos, en el mejor de los casos, poco generosos, impacientes o escépticos indiferentes y en el peor de los casos resultamos ser catedráticos de la violencia legítima o hasta fascistas.

El artículo de Francisco Segovia se titula “Acerca de las opiniones de Krauze y Domínguez sobre Javier Sicilia”, lo cual me obliga a decir otra cosa. Salió de excursionista Francisco Segovia a pepenar divergencias en el campo de quienes ha escogido como adversarios y recolectó los matices entre un par de artículos de Enrique Krauze y yo, que lo sorprenden por venir ambas

opiniones de *Letras Libres*. Francisco Segovia, acaso por herencia familiar, no ignorará que revistas como la nuestra se caracterizan por coincidencias esenciales enriquecidas y probadas por una gama constante y rica de diferencias.

Por supuesto que el movimiento de Sicilia nos ha movido a muchos. Él mismo se ha ido moviendo sobre la marcha, abandonando propuestas ajenas al estado de ánimo de los ciudadanos, sofocando el griterío de sus partidarios radicales para ofrecerle algo en verdad nuevo a la sociedad y respondiendo a las preguntas que desde la opinión pública le hemos formulado tantísimos mexicanos. A principios de junio, en San Francisco, por ejemplo, recibió el premio Global Exchange de Derechos Humanos, y lo hizo refiriéndose a la despenalización de las drogas, ya sea como un mal menor por el que debemos optar o como aquello que iluminaría el camino hacia la salida del túnel. Hugo Vargas se preguntaba por qué hay que discutir el papel de los consumidores de drogas y si en mi mención del asunto, en *Reforma*, no se asomaban inconfesables intenciones punitivas. No, no es eso: si se quiere discutir integralmente el problema, ¿es creíble separar el consumo y el negocio de la prohibición y la despenalización? Es una falla moral que quienes consumen no se asuman como parte del asunto y miren hacia otro lado.

Me admira —lo repito— la rapidez y la energía con la que Sicilia ha reaccionado y creo que ese temple no es resultado de una metamorfosis, sino el correlato de una congruencia. Le tocará conciliar a él y a quienes lo rodean la urgencia de una agenda política eficaz con el lugar profético (un profeta es originalmente un testigo) que cientos de mexicanos le están otorgando. Por ello, estoy de acuerdo con Francisco Segovia en que Javier Sicilia nos seguirá leyendo con generosidad. —

MÉXICO, D.F., A 16 DE JUNIO DE 2011.

DESDE BUENOS AIRES HERENCIAS DE BORGES

✎ PABLO E. CHACÓN

Jorge Luis Borges se apagaba veinticinco años atrás en la ciudad de Ginebra y la historia del castellano acaso cerraba un capítulo y abría otro, ese que tantos escritores están explorando en registros distintos, con estrategias diversas, deudores de un nombre ineludible.

Claudio Zeiger (1964, argentino, autor de *El paraíso argentino, Nombre de guerra, Adiós a la calle*):

“Es posible escribir después de Borges porque también lo fue antes (Eduardo Mallea es un ejemplo) y durante (Julio Cortázar y Manuel Puig son esos otros ejemplos). El mito de un Borges hegemónico y monopólico es eso, un mito. Sabato, sin ir más lejos, llegó a ser más importante a comienzos de los sesenta. Borges tuvo, en un momento que puede situarse en los cuarenta, cincuenta, una posición dominante que nunca perdería, pero siempre existieron otras variables literarias.

Estas observaciones tienen que ver con el sistema literario y no es juicio ni de gusto ni de calidad de mi parte. Supongo que en el siglo XXI Borges tiene más relevancia universal/internacional que nacional.

Mi Borges favorito es el de *Discusión*, sin lugar a dudas. En parte porque el género del cuento me cansa un poco, y además porque ese libro condensa lo mejor de él como crítico de la propia tradición. Es un libro de ensayos imprescindible, y además, muy ameno.”

Héctor Abad Faciolince (1958, colombiano, autor de *Angosta, El olvido que seremos*):

“Lo fundamental en Borges, para mí, no era la lengua, sino el pensamiento complejo, brillante y muy original, anterior a esa lengua. Borges es muy traducible porque sus virtudes no son las de un estilista del idioma (eso es Azorín) sino la mara-

villa de una mente muy sofisticada. Hay una manera muy suya de adjetivar, es cierto, como decir “en la unánime noche”; pero esa es una peculiaridad que se puede traducir muy bien, y que no se debe imitar porque todo lector culto sabría que eso no es del imitador, sino del original. Lo más original en Borges, insisto, no es el lenguaje sino la inteligencia: su extraordinaria inteligencia.

Adoro “Funes el memorioso”, quizá porque es la hipérbole de la mente privilegiada de Borges, y el espejo donde todos podemos mirarnos para ver el tamaño de nuestra pequeñez; es más, de nuestra idiotez.”

Carlos Busqued (1970, argentino, autor de *Bajo este sol tremendo*, finalista del premio Herralde):

“Uno escribe en la medida de sus posibilidades, y Borges es justamente algo MUCHO MÁS ALLÁ de las posibilidades de uno. Es como preguntar cómo ser físico después de Newton o Einstein. Fue una discontinuidad, un genio de esos aparece cada doscientos años. Después de un genio, uno debe hacer lo suyo con humildad, sabiendo que no va a descubrir la teoría de la relatividad, pero a lo mejor inventa el sacacorchos, más modesto pero útil a su manera y en su medida.

No puedo decir preferido porque no lo leí todo y fundamentalmente todo lo que leí está a kilómetros de distancia de lo que yo pueda llegar a hacer (en consecuencia, no soy nadie para decir ‘esto está mejor y esto otro no tanto’), pero me sé de memoria ‘El Golem’ y un par más de poemas, que me sirven para molestar a mis amigos en los asados. ‘El Golem’ es magnífico, resume casi todo lo que yo puedo imaginar de la verdad de la existencia: ‘¿Cómo (se dijo) / pude engendrar este penoso hijo / y la inacción dejé, que es la cordura?’”

Diamele Eltit (1949, chilena, autora de *Lumpérica, El cuarto mundo, Los vigilantes*):

“Sí, se ha escrito después de todas y cada una de las revueltas literarias, ¿cómo es esta práctica posborgiana?”



Foto: Ferdinando Sobanna

+Borges, la mirada que gravita.

Pues reescribiendo a Borges, por ejemplo, de otra manera. Desoyéndolo, reparándolo, discutiéndolo.

No hay texto narrativo de Borges que no sea borgiano, quiero decir: en cada uno está inscrito su singular poética del relato; entonces, leer un texto de Borges implica ingresar en su máquina narrativa, quiero decir, a su totalidad.”

Dante Augusto Palma (argentino, autor de *Borges.com*):

“Espero que sí, que sea posible escribir después de Borges, aunque quizás la pregunta me lleva a pensar en el final de ese texto maravilloso que es ‘Pierre Menard, autor del *Quijote*’. Allí aparece la idea de que la intención de este francés, intentar reescribir el clásico de Cervantes acababa siendo una suerte de palimpsesto, esto es, un texto en el cual se puede escribir encima

pero en el que perdura la huella de lo anterior. Quizás con la literatura en castellano pase algo similar y así, por más letras, escritos y novedades que aparezcan, la literatura de Borges siempre tendrá esa capacidad de emerger, de dejarse ver casi como mostrando que ni siquiera las hojas que creemos vacías están en blanco.

Es difícil pero a mí no deja de perturbarme en las sucesivas lecturas, ‘Utopía de un hombre que está cansado’. Hay allí una atmósfera de profunda ambigüedad, una utopía que es distopía. El cuento se mueve todo el tiempo dando falsos guiños y abriendo el interrogante hacia cuál es el mundo en que deseamos vivir. El final del cuento, además, contiene esa ironía que en este caso alcanza ribetes dramáticos pues, dado que la individualidad de los hombres se encuentra completamente subsumida al poder totalitario de la completa igualdad (presumiblemente en manos del Estado), la única decisión estrictamente personal es la de suicidarse en una máquina que, en el contexto del cuento, fue creada por un ‘filántropo llamado Adolf Hitler.’”

Horacio Castellanos Moya (1957, salvadoreño, autor de *La diáspora*, *Tirana memoria*, *La sirvienta y el luchador*):

“¿Cómo escribir después de Borges? ¿Cómo escribir luego de Homero? ¿Cómo escribir luego de Virgilio? ¿Cómo escribir luego de Dante? ¿Cómo escribir luego de Cervantes? ¿Cómo escribir luego de Flaubert? ¿Cómo escribir luego de Joyce? Pues de la misma forma que se ha venido escribiendo a lo largo de los siglos. Borges es un venturoso episodio argentino en lengua castellana en la literatura universal.

Releo con frecuencia e inagotable admiración los cuentos, en especial ‘El tema del traidor y del héroe’, ‘La muerte y la brújula’ y ‘El sur’. ¿Las razones? El gusto, el puro gusto.”

Álvaro Enrique (1969, mexicano, autor de *La muerte de un instalador*, *Hipotermia*, *Decencia*):

“Me imagino que pasamos por Latinoamérica de escribir directamente como Borges a escribir en contra de su adjetivación, de su lucidez sucinta, de la palabra ‘acaso’ antes de cualquier hipótesis. Pero la verdad es que el agua va pasando y se va transformando en el más universal de los difuntos de la lengua, pero nada más –y nada menos– que eso. Lo leemos de otra manera, tal vez menos reverente gracias a que hemos sabido descubrir que estaba lleno de humor y de debilidades más bien vergonzantes. Es una lectura que no se podía hacer antes del ‘Borges’ de Bioy.

Es una obviedad, pero así es con los autores que nos formaron: ‘Borges, el otro’ sigue siendo mi estándar –inalcanzable, por supuesto– en términos del equilibrio perfecto entre forma, dicción e inteligencia. Es muy divertido, además de que en ese ensayo minúsculo de poética señala la ilusión de haber escrito una página que justificara toda su experiencia: ¡es una página que justifica la experiencia de toda la lengua!”

Hernán Vanoli (1980, argentino, autor de *Pinamar*, *Varadero y Habana maravillosa*):

“Después de Borges, la manera de seguir escribiendo sería no fetichizarlo. Borges fue un enorme escritor, pero también funciona como moneda de cambio para distinguir entre aquellos que profesan la religión literaria y los que no. Me interesan muchos de los procedimientos de Borges, y me aburren muchos de sus textos. La cultura ya no funciona ni siquiera como Borges lo prefiguró en sus textos más celebrados, y hay que hacerse cargo de eso.

Mi texto favorito es ‘El Aleph’, primero porque es uno de los más divulgados, y segundo porque creo que en ese texto, al final, de lo que habla Borges es de una fenomenología del ser zombi. Ver el Aleph es no estar ni vivo ni muerto sino *in between*, que es lo que podría decirse que pasa con la cultura literaria en la contemporaneidad.

Luis Chitarroni (1958, argentino, autor de *Peripecias del no*, *Siluetas*, *Mil tazas de té*):

“La inevitabilidad de seguir haciéndolo (escribir después de Borges) implica una determinación. Y aun si la determinación fuera escribir ajenos a Borges, escribir como si Borges no gravitara en la literatura (no digo ya en la Argentina), habría que leerlo, habría que saber qué hizo. Pound sobre Whitman: ‘no me molestaba que Whitman hubiera transgredido algunas de las reglas métricas y prosódicas del verso inglés, me molestaba que no las hubiera transgredido todas por no conocerlas’. Las revueltas contra Borges –la más historizada fue la llamada “el juicio de los parricidas” – insinúan cierta gravedad, cierto candor, cierto patetismo. Reñían con un Borges mandarín cuyas opiniones políticas no dejaban de ser, paralelamente, lastimosas. La ventaja de ellos –los parricidas–, y la de él –Borges–, es que estaban vivos. Es una ventaja que cuando somos jóvenes no consideramos. Es a todo este tipo de torpezas que Borges se adelanta con un solo instrumento único, con un arma mortal: el estilo. Y ese estilo, no solo por su inteligencia y elegancia, es el que define y redefine, como solía decirse, y aunque a algunos les parezca una patraña, una posición tomada, una estrategia nacional, una política de la lengua.

A esta altura, elijo dos ensayos: ‘La supersticiosa ética del lector’, ‘El escritor argentino y la tradición’, y dos cuentos, ‘Tlön, Uqbar, Orbis tertius’, ‘Pierre Menard, autor del Quijote’.”

Mariana Dimópulos (1973, argentina, traductora, autora de *Cada despedida*, *Anís*):

“¿En qué castellano escribir? ya es una pregunta lo suficientemente compleja como para agregarle el ‘después de Borges’, aunque las limitaciones a veces ayudan, y quizá en este caso así sea.

Por supuesto que la pregunta cambia de acuerdo a qué quiera decir Borges para ese alguien que escribe en castellano. A diferencia de otros lectores (no sé si cabe aclarar que me pasa sobre todo con los lectores masculinos), Borges nunca tuvo para mí, como lectora y más tarde como alguien que usa la lengua castellana para escribir, esa impronta de sombra, de maestro insuperable, y esto no porque no fuera un maestro ni porque su figura, su estatura literaria si se quiere, no sea realmente insuperable. Quizá la cuestión radique en su relación con la filosofía. La idea de la metafísica como una rama de la literatura fantástica (con todo el amor por la metafísica que esta idea pueda contener) me resulta demasiado ajena. Cuando uno –aunque suene entre pavoroso y banal decirlo– confía en la metafísica, y no precisamente en su carácter ficticio, se encuentra ahí con un límite. Lo mismo ocurre con el gusto de Borges por la ironía y por la paradoja: toda la invitación magnífica de su escritura y de sus textos pierde cierto brillo para quien no lo comparta. En este juicio puede haber oculta una moral, mal que me pese. La antigualla de la verdad, o las verdades, hará reír a más de uno. La queja de Valéry, “Todo ironista apunta a un lector pretencioso en donde se contempla”, quizá esconda algo de este espíritu de moralina con que puede confundirse el rechazo a la ironía como figura literaria y de pensamiento.

Es a partir de esta limitación al leer los cuentos de Borges que siempre preferí y admiré su poesía, donde el amparo en la ironía es menor. Que la ironía sea un amparo me parece indiscutible para alguien que, como en el cuento ‘El fin’, se atreve a hablar de esa hora en que la llanura está por decir algo y no lo dice, y toda esa frase que está en el cierre del cuento. Ahí aparece el Borges que a fuerza de ironía y de paradojas había que acallar, y en ciertos casos acaso con justicia; el mismo de sus primeros libros de poesía, y el mismo que sobrevive en

muchos poemas posteriores. Pienso, por ejemplo, en ‘A cierta sombra, 1940’. Ahí no hay lugar donde resguardarse, ahí todo puede ser una patética invocación, y esto es, precisamente, uno de los riesgos en que se funda el poema.” –

CARAVANA POR LA PAZ

VOZ DE ALARMA

EDUARDO VÁZQUEZ MARTÍN

La Caravana por la Paz es un hecho sin precedentes; lejos de las agendas de los partidos, de la disputa por el poder que inunda los medios y desata una lucha de intereses donde participa la clase política, los empresarios y sindicatos, los poderes públicos y fácticos, incluido el crimen organizado, un grupo de alrededor de quinientos ciudadanos, encabezados por Javier Sicilia, Julián Le Barón y Olga Reyes Salazar, seguidos por un grupo de decenas de víctimas de la violencia y apoyados por defensores de derechos humanos, comunidades eclesióstas de base y personas de todas las identidades imaginables (estudiantes, ambientalistas, indígenas, poetas, teatreros, payasos, músicos, maestros, sindicalistas, chamanes, filozapatistas, altermundistas, amas de casa, cineastas, periodistas, ojos, oídos y bocas de las más diversas posiciones políticas y sociales, que van del izquierdismo radical al kundalini yoga), partían el 5 de junio de Morelos, para visitar el Distrito Federal, Michoacán, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Coahuila y Chihuahua, y encontrarse en el camino con cientos de víctimas de la violencia que asuela el país y compartir con ellos experiencias, brindarles solidaridad y consuelo y abrir espacios públicos para escuchar su dolor e indignación.

Esta movilización tuvo dos momentos: el primero, el más extenso y valioso, fue la caravana misma, el encuentro con los habitantes de las ciudades y con las víctimas y agraviados de cada entidad,

con la gente de pueblos y rancherías que salió al paso para celebrar el esfuerzo de Sicilia y sus acompañantes por poner fin al silencio que pesa sobre las víctimas, que a este momento suman decenas de miles de mexicanos. Un segundo escenario tendría lugar en Ciudad Juárez, donde la cita a un diálogo sobre la agenda del Pacto Nacional y sus seis puntos convocó mayor interés entre los activistas, organizaciones políticas, sindicales y estudiantiles que acompañan la caravana, pero que no habían tenido la oportunidad de expresar sus proyectos ni sus cosmovisiones (marxistas, anarquistas, animistas, católicas, cristianas, humanistas, etcétera), ya que los frágiles templetos que se levantaron en las distintas ciudades estaban reservados para las víctimas, con la única excepción de la poesía, que en todas las plazas abría y cerraba el uso de la palabra, para dar paso después a un minuto de silencio.

Participar en la caravana nos cambió definitivamente la imagen del país: la indefensión de la ciudadanía frente a los hombres de la muerte es absoluta, el furor criminal es de una enfermedad mental aterradora, la autoridad es omisa, cómplice o directamente forma parte del crimen organizado. La desgarradura es terrible, el dolor no para. Me vienen en cascada las

imágenes que escuché relatadas en las diferentes ciudades: talamontes escoltados por policías, las cabezas rodando en las carreteras, la madre a la que le mataron tres hijos, el niño al que le mataron al padre, el rostro de un muchacho asesinado en Monterrey desfigurado a balazos tras ser abatido por soldados para dificultar su identificación, la madre a la que le mataron al esposo y hoy tiene que defender a su hija adolescente del asedio sexual de los asesinos, los jóvenes detenidos en las plazas públicas de los que no se vuelve a saber nada, los adictos acribillados en centros de recuperación miserables, las muchachas a las que se violó y mutiló hasta provocarles la muerte, los defensores de derechos humanos asesinados en la calle, a pleno día, para escarmiento de la sociedad, y lo de siempre: ni ministerio público ni investigación ni juez ni justicia. Impunidad, simulación y crueldad de parte de los servidores públicos, centenares de licenciados, policías y militares haciéndose literalmente pendejos, cuando no encubriendo a los agresores e intimidando a las víctimas.

En Juárez, una parte del movimiento, la integrada por universitarios educados en la radicalidad discursiva, decidió que era el momento de la grilla: tomar la moderación y la relatoría de las mesas, pedir uno

tras otro la palabra para repetir las mismas ideas que sus correligionarios, cansar a quienes piensan diferente, en fin, lo que se conoce en la jerga universitaria como “ganar la asamblea”. Esta acción, un tanto pueril, obligó a Sicilia y a Emilio Álvarez Icaza a desconocer algunos de los “acuerdos” tomados en las mesas, sobre todo aquellos con los que se pretendía impedir el contacto con las autoridades y se condicionaba cualquier diálogo al regreso del ejército a los cuarteles. Sicilia les dijo a estos jóvenes que de ninguna manera permitirá que se coaccione el derecho a hablar de este colectivo, el de las víctimas, que se propone justo lo contrario: expresarse por todos los medios, hacer oír su voz en todos los espacios, convertirse en interlocutores de las instituciones para ser capaces de obligarlas a reconocer los efectos de la guerra y a modificar las políticas públicas en favor de la paz y no de la guerra.

La respuesta de los medios a este desencuentro entre una expresión de la izquierda universitaria y el movimiento tiene dos extremos patéticos: de un lado, el de aquellos que ven en el proverbial infantilismo de izquierda el rostro encubierto del crimen organizado, con lo que se insiste en uno de los mitos de esta guerra: el de que todas las víctimas tienen cierto grado de vinculación con los criminales, e insistiendo en el peligrosísimo error de criminalizar la protesta social (posición que favorece el camino de la represión policíaca o la supresión violenta por parte de los múltiples grupos criminales que operan en un escenario de inexistencia del Estado de derecho). Del otro lado está Octavio Rodríguez Araujo con su artículo “Congruencia, poeta”, que celebra que el poeta católico haya sido “rebasado por la izquierda”, y que las contradicciones en el seno del movimiento hayan provocado su radicalización revolucionaria. De un lado aquellos que ven al poeta como un tonto útil manipulado por las fuerzas oscuras (o las malas com-



+Luto por los caminos de México.

pañías); del otro, quien considera al poeta un blando que aún cree que el diálogo con la burguesía sirve para algo, un cursi que considera que el amor puede sensibilizar el corazón de los poderosos, un pequeño-burgués romántico al que hay que imponerle de una vez el programa revolucionario que la izquierda verdadera enarbola desde el 2006.

Ante esta situación, Javier envió una carta en que aclaró su punto de vista, unas palabras que van dirigidas a todos los que participaron en la caravana pero que también busca hacer recapacitar a ese grupo de muchachos, más o menos de la edad de su hijo, y a quienes no estigmatiza, pero con quienes no piensa jugar el juego de la asamblea permanente y la multiplicación de las consignas.

Los movimientos sociales son a veces grandes ejercicios pedagógicos, y este movimiento está dando una clase magistral de responsabilidad civil y dignidad (como en la concentración de San Luis Potosí, donde Le Baron y Sicilia emplazaron a los manifestantes a dejar el lenguaje de las mentadas y a cambiar el país con amor e inteligencia). En cada mitin las víctimas de la violencia le han mostrado al país que no todos los mexicanos son corruptos, cínicos y criminales, que también existe una ciudadanía pacífica y valiente, que a pesar de estar amenazada por criminales y/o autoridades, de no tener acceso a la justicia y ser ignorada por la clase política, está convocando a la refundación de una república pacífica a partir de la defensa de la verdad, la justicia, la fraternidad, la participación democrática y el bienestar público.

La caravana abrió un espacio imprescindible para la expresión de quienes han padecido las peores consecuencias de la guerra; hoy ese trabajo debe traducirse en una red nacional de apoyo y construir un relato diferente al que ha divulgado el gobierno y han repetido las televisoras (el drama reducido al asesinato entre sicarios, criminales abatidos por las fuerzas del orden y unos

cuantos civiles enterrados en la fosa común de los “daños colaterales”). El otro terreno en el que se mueve el movimiento es el de la política, pues el testimonio que difunde revela lo que Javier Sicilia llama el pudrimiento de las instituciones y la absoluta corrupción del poder político en México. Pedirles a las víctimas que además de su duelo, desde la absoluta indefensión que han padecido, se hagan cargo de la refundación de la nación, es pedirles demasiado, es un acto más de injusticia. Por eso el movimiento necesita del diálogo, porque tiene que hacerse oír en el Senado y con los diputados, en las procuradurías, en Palacio Nacional, en los cuarteles, en las universidades, en los medios y en la plaza pública; porque no se trata del reclamo de otro sector social con demandas particulares digno de ser atendido por operadores políticos, por profesionales de la neutralización o la cooptación, sino de la voz de cientos de personas que nos alertan sobre el avance del fuego en un país sin ley envuelto en un baño de sangre. —

CIENCIA PREJUICIOS Y OPINIÓN PÚBLICA

por JAVIER CRÚZ

Es muy poco probable que los asistentes a la reciente Marcha de las Putas se hayan detenido a pensar lo que tienen en común con sir Ernest Rutherford, que hace cien años mostró la existencia del núcleo atómico. Pero algo tienen.

La Marcha de las Putas es la traducción del movimiento *Slutwalk* originado en Toronto, Canadá, cuando un policía tuvo la desgraciada ocurrencia de maltratar la lógica envolviendo un intento (fallido) de razonamiento en la tela sin chiste de su prejuicio sexista. Hablando ante estudiantes de leyes en una universidad canadiense, dijo sin recato, según reporta la BBC: “Me han

advertido que no diga esto, pero las mujeres deberían evitar vestirse como putas para no ser victimizadas.” Semejante dislate cabreó a un buen número de mujeres, que decidieron “sacar su frustración a las calles”, tal como explican en <http://www.slutwalktoronto.com/about/what>, vestidas exactamente con lo que les vino en gana. *Slutwalk* critica lo dicho por el policía porque, alegan, “usar un término peyorativo para racionalizar un comportamiento inexcusable crea un ambiente en el que es correcto culpar a la víctima”. Lo que el poli propuso no fue menos que basar una política pública —regular la vestimenta de las mujeres— en un razonamiento que le cae bien al nivel basal del sentido común: que las mujeres son sexualmente agredidas a causa de su apariencia.

Entre en escena sir Ernest Rutherford. No sabemos cómo se comportaba con las mujeres, pero sí que agredía hojas delgadísimo de oro a mandarrazos de partículas alfa. En sus rarísimos experimentos en la Universidad de Manchester, en Inglaterra, este físico neozelandés vio algo extraordinario que le hizo concebir una idea perfectamente a tono con el sentido común, y eso a pesar de su muy insólita descripción de lo que vio: “Fue tan increíble como si dispararas un obús de quince pulgadas a un pañuelo de papel y diera media vuelta para hacer blanco en ti.” La idea luminosa de Rutherford fue proponer un modelo del átomo como sistema solar: con un núcleo en el centro y una cohorte de electrones orbitando alrededor. El modelo resultó inconsistente con la electrodinámica clásica y hubo de ser rescatado por la mecánica cuántica, que luego lo confinó al gabinete de las ideas casi muy buenas.

Pero he aquí la clave de la asociación entre el policía misógino y el físico ingenioso: el rigor de este y su ausencia en aquel. Sorprendido por el obús respondón, Rutherford aventuró una hipótesis imaginativa



+Mujeres en defensa de su dignidad.

y sensata (a saber: que la carga eléctrica positiva del átomo debía estar concentrada en un núcleo minúsculo, de modo que al aproximarse algunas pocas partículas alfa –los obuses–, positivamente cargadas también, tenían que salir rebotadas por la repulsión eléctrica). Fastidiado, en cambio, el poli canadiense repitió una hipótesis que *suen*a sensata a muchos (a saber: que la vestimenta de una mujer es la causa de la agresión criminal).

Dos hipótesis. Dos vías posibles. Una, someterlas a prueba con mala leche; dos, crearlas o rechazarlas a ciegas, sin involucrar a la lógica en el proceso. ¿Y no es esta segunda opción la más socorrida, por mucho, en la vida privada como en la cosa pública? ¿Y no está basada en eso que llamamos *prejuicio*?

Juguemos con la idea de que la ciencia, como actividad profesional, se ocupa de adquirir el mayor conocimiento posible acerca de las cosas que estudia. Por tanto, investigación científica y prejuicio parecen mutuamente excluyentes. Más aún, en tanto resista el cuestionamiento y el desafío intelectual sin desmoronarse, el conocimiento científico será riguroso. Y, a riesgo de caricaturizar demasiado, es útil al menos en la medida en que la acumulación de conocimiento científico permite establecer relaciones entre causas y efectos.

Si a primera vista la indignación de las marchantas viene de lo injusta (por falsa) que es la relación causa-efecto insinuada por el policía de Toronto, en segundo análisis tal vez sea la ausencia de rigor en su “racionalización” lo que más pone la sangre a hervir. Eso, más la otra insinuación: la que invita a adoptar el recato en el vestir como política pública de prevención del asalto sexual. En su blog de *El Universal*, Katia D’Artigues ejemplifica con tres o cuatro microautoridades que se dejaron llevar por este truco. Pero la cosa ocupa dimensiones superiores cuando autoridades con mayor estatura abrazan el mismo método irracional para justificar acciones de gobierno.

Un primer ejemplo atañe a los segundos pisos y supervías cuya construcción nos justifican con el argumento de que a mayor superficie de rodaje, seguirá, como efecto benéfico, una disminución en los atascos viales. Suena sensato, ¿no? Excepto que si en vez de prejuzgar el argumento como válido lo somete uno a examen científico, se descubre justo lo contrario: ya lo explicó Salvador Medina en el blog de *Letras Libres* (25 de mayo de 2011). Segundo ejemplo: la pretensión del gobierno federal de impulsar (subvencionándolo) el cambio de foquitos convencionales por los lla-

mados “ahorradores” como medida de mitigación de emisiones de gases de invernadero. Por un lado, un razonamiento casi idéntico al invocado por Medina echa por tierra la hipótesis; y, por otro, las cifras de consumo energético de la Secretaría de Energía muestran que, aun si hubiese un efecto benéfico por mitigación, este sería mucho menor que el que puede lograrse si se ataca la causa de mayor impacto: el sector transporte, no el consumo doméstico.

El tercer ejemplo es más serio. A juzgar por lo argumentado públicamente, estamos “en guerra contra el narco” para evitar “que las drogas lleguen a tus hijos”. Y en esta guerra no vale la opción de despenalizar el consumo, ni siquiera el de la marihuana, porque, alegan un funcionario tras otro, la marihuana es la puerta de entrada a las drogas más duras. Para no darle vueltas: fumar churritos es una causa de pasar a meterse coca. Los políticos en el poder parecen no querer cuestionarla, pero no por eso deja de ser solo una hipótesis. ¿Como la del policía de Toronto? En cierto sentido, sí. Y sin embargo: Auditorio de la Facultad de Medicina de la UNAM; 18 de enero de 2011; ponente: Juan Ramón de la Fuente. Hipótesis cuestionada: ¿es la marihuana una puerta de entrada a las drogas más duras? De la Fuente: “es un argumento socialmente persuasivo, pero la ciencia refuta ese tipo de lógica”.

Abundan otros ejemplos de decisiones de política pública basadas en prejuicios. ¿No sería obligación de los servidores públicos servir a la ciudadanía exhibiendo la lógica entera de sus argumentos? ¿No lo es de la prensa, también, el exigirla? ¿Lo harán durante las campañas electorales de cara a julio de 2012? En otro arranque de ingenio, Rutherford dijo: “No tenemos dinero. Por lo tanto, debemos pensar.” Tomémoslo prestado: si no tenemos discusión inteligente en los medios, los ciudadanos debemos razonar. —